





Todo en orden



Juan Torres

Todo en orden



Primera edición: junio 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Juan Torres

© Ilustración portada: Javier Polo

© Fotografía de solapa: Yolanda Hansa

ISBN: 978-84-18663-94-9

ISBN digital: 978-84-18663-95-6

Depósito legal: M-16593-2021

Editorial Adarve

c/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A Y., a L.,  
y a algunas otras letras del  
alfabeto*



Bostecé y me desperecé. Quizá necesitaba dormir un poco más, aunque creo que siempre me hace falta un poco más de sueño, lo mismo que estar comiendo siempre. Mis trabajos eran muy duros -ni el viejo Hércules imaginaba cuánto-, ¿y qué otra cosa se podía hacer más que comer y dormir? Cuando comes y duermes, no tienes que preocuparte por las cosas que no tienen solución. ¿Qué otra cosa se puede hacer salvo reír y tomárselo a cachondeo? ¿Qué otra cosa puede soportarse cuando todo es insoportable?

[...]

Me puse a pensar y pensé. Pensé y luego pensé otro poco. Por fin llegué a una conclusión: que en cuanto a saber qué hacer, no sé más que si fuera otro piojoso ser humano.

Jim Thompson-*1280 almas*  
Trad. de Antonio Prometeo Moya



# 1.

Aquel sábado empezó el lío. Aunque también puede que no, que la cosa viniera de antes y aquel fuera un día cualquiera, uno más de mi mandato. Pero voy a empezar por ese sábado para explicarme lo mejor que pueda. Según vaya avanzando, ya veré si tengo que darle a la manivela hacia atrás o hacia adelante. Ya veré. De momento empiezo, y empiezo en ese sábado otoñal y despejado en el que tuve que madrugar más de lo que se debe madrugar un sábado para ir al acto del ministro de Industria.

El acto era una chorrada sin importancia. El ministro venía a la fábrica de visita, conque a impulsar las nuevas políticas de I+D+i o alguna bobada semejante, que es tanto como decir que venía a hacerse una foto y a salir en los periódicos del domingo.

Pero había que estar allí. Aunque no fuera de mi partido ni nos conociéramos de nada, había que estar, porque la fábrica pertenece a mi municipio, yo soy la alcaldesa, y si viene un ministro a tu municipio y tú eres la alcaldesa, pues tienes que estar. O no. Si alguien me dice que no, que te puedes inventar una excusa y mandar a un currin-

che para que te sustituya, tampoco se lo voy a discutir. Puede que tenga razón. Pero yo soy muy de ir a estas cosas porque nunca se sabe: te encuentras gente, hablas con unos y con otros, te cuentan cotilleos, ves los caretos... Soy muy de ir, aunque si no vas tampoco pasa nada.

Eso sí, para ir tenía que hacer antes unas cuantas cosas. Adecantarme, lo primero.

Menos mal que Julio ya andaba trasteando y me había dejado preparado el cacao en la cocina. Qué majo, Julio, siempre tan atento. Pasó por mi lado cuando yo iba a darle un tiento a la taza.

Le digo,  
qué majo. Siempre tan atento.

Y él,  
vete a la mierda.

Y luego,  
te ha llamado la abuela.

Y yo,  
ah, cuándo... qué quería...

Julio,  
cuando estabas en la ducha. Nada en particular. Que la llames. Que qué mala hija y tal.

Tono neutro, como soltando una frase hecha, muy repetida. Y yo,

¿ha llegado ya Valentina?

Julio,  
yo qué coño sé, mamá. Ni lo sé ni me importa.

Hoy está agradable, el niño. Habla con algo más que monosílabos y no grita excesivamente. Supongo que ayer

folló. Me conviene que folle, desde luego, porque le relaja. Me preocupé cuando empezó con Adriana porque siempre me ha parecido la niña un poco mojigata, muy de hacer remilgos y esponjarse la melena. Pero se ve que cumple y eso es lo importante.

Llamo desde el teléfono fijo,  
¿mamá? ¿Qué quieres?

Omito detallar la cháchara de la vieja. Que si el dinero.  
Que si Valentina. Que si mala hija.

Y yo,  
mamá, tengo mucho lío. Ya te llamo luego.

Cuelgo. También mamá está bien. Ella no folla. Debe hacer cuarenta y tres años que no folla -padre y ella me engendraron y dieron el asunto por zanjado-, pero resuelve sus carencias engullendo tabletas de chocolate e insultando a medio mundo. Cojo el móvil y marco el de Valentina,

¿estás ya con la vieja?

Valentina,  
sí, *seorita* Nora.

Le noto la voz forzada, más aflautada de lo normal, así que sé que está con ella.

Sigue,  
estoy preparándola para levantarla y darle el desayuno.

Y yo,  
fenomenal. Voy a estar en un acto. Si hay cualquier cosa, avisa a Roberto o a Vivi y que me busquen.

Valentina,  
claro, *seorita* Nora. *Usté* no se preocupe de nadita, que yo me encargo.

Me anoté en la cabeza que tenía que preguntar de una vez por todas a Valentina de dónde era, porque esa manera suya de hablar me resultaba ilocalizable. Lo pondrá en sus papeles, pero quién sabe dónde están sus papeles. A ver si se lo pregunto un día.

Julio, casi saliendo por la puerta,  
que no sé si vendré a dormir.

Y yo,

¿te quedas en casa de Adriana?

Y él, gesto de asco,

estás gilipollas, mamá. Cada día estás más gilipollas.

Y se marcha.

Hoy lo veo bien.

Yo ya me he tomado el cacao y dos galletas, me he cepillado los dientes, he hecho un último pis, porque luego en la fábrica me da un asco que no lo soporto, y bajo a la calle.

Rufino está esperando, y supongo que lleva esperando por lo menos una hora porque la idea de llegar tarde a recogerme lo aterra más que el final de los tiempos. Al verme, corre a abrirme la puerta,

buenos días, señora Alcaldesa.

Ni le contesto. Anda y que le den. Algunos días le contesto, pero otros no. Para que no se acostumbre. A los subordinados hay que tratarlos bien, pero sin pasarse. O mal, pero sin pasarse tampoco. Vamos, me parece a mí, aunque puedo estar perfectamente equivocada.

Esgrimo el fajo de periódicos que hay en el asiento de atrás, justo a mi lado. Pregunto,

¿están todos?  
Y Rufino,  
falta El País, señora Alcaldesa. Llevamos unos días  
que no hay manera.

Hago un gesto de enfado. Y digo,  
vaya.

A mí, El País me la bufa, pero hoy, con el ministro  
aquí, que es de su cuerda, lo mismo dice algo que me  
ayude para la cháchara. O saca algún tema sobre el que  
me tenga que pronunciar.

Añado,  
dile a Roberto que ya va bien, que me resuelva esto...

Unas veces lo tuteo y otras no. Los que me conocen  
piensan que es una estrategia, que lo hago para despistar.  
Pero lo cierto es que me lío. A veces pienso que es mejor  
tutear y otras que es preferible no apearse del usted, pero  
nunca estoy segura. Así que lo hago a voleo y la cosa  
funciona.

Rescato de entre el fajo el periódico local y me pongo  
a hojearlo. Noto que a Rufino esta actitud mía lo relaja.  
Se le aflojan los hombros, centra la mirada en la carretera  
y se limita a conducir.

Apenas me da tiempo a leer nada. Ni siquiera a com-  
probar si hay alguna pieza de Juan Luis, que lo dudo, por-  
que esta semana ya ha firmado un par de artículos y maña-  
na le toca venirse arriba con su sábana dominical, el largo y  
plomizo artículo de opinión que tiene a todos los políticos  
provinciales en un perpetuo sinvivir. Menos a mí, que nun-  
ca he recibido la más leve crítica de su acerada tecla.

Rufino no me deja ni entrar en ensoñaciones. Dice, servicial,

paramos en la puerta misma, ¿verdad, señora Alcaldesa?

Y yo, con el toque de fastidio que siempre pongo cuando hablo con él, para que no se confíe,

claro, Rufino, donde estén los de protocolo.

Para, baja, me abre la puerta, bajo y la tonta de Vivi se deja comer el terreno por una tipa de dos mil años, con las canas abrasadas por un tinte espantoso y un vestido naranja aplanado que debería estar prohibido de tan feo como es. Aspavientos y farfulleo. Por lo menos, no me besa, sino que me alarga una mano flácida y pringosa de crema mientras dice con énfasis:

un honor, Alcaldesa. Soy (y aquí un nombre que no entiendo), jefa de protocolo del Ministro.

Miré para otro lado. Ambrosio se me vino encima y, él sí, me besó. Más ruidoso que lascivo, desde luego. Casi sin tocarme.

Habla Ambrosio, apresurado,

cómo me alegra verte, Alcaldesa. No nos frecuentas nada en absoluto... Tú, me quiero referir, porque a tus inspectores y a tus guardias los tenemos aquí todos los días.

Bromeé, sin saber bien a qué se refería,

para que no os falte protección, Ambrosio, no quiero que tengáis ningún problema.

Alcaldesa, alcaldesa, alcaldesa... Había por allí mucha gente y todos querían saludarme, así que me dejé querer,

besuqueé, dije tonterías y me distraje con el tumulto. A veces no me iban mal aquellos líos. Una manera de desentenderme de todo, podríamos decir.

El presidente de la Diputación, con sus ciento veinte kilos de grasa colorá, me devolvió a la realidad cuando me estampó dos besos que me dejaron embadurnada la cara con sus babas. Y me soltó, junto con unos salivazos inopinados,

estás tan estupenda como siempre, Nora. Tú eres la única que puede permitirse venir a recibir al Ministro en vaqueros y no quedar mal.

Era verdad lo que decía. Me había puesto vaqueros porque me hacen un culo estupendo y las circunstancias del acto lo permitían. Y botines con un buen tacón, para que se me levantara la nalga. Y una camiseta bien ceñida para que quedara claro de quién eran las mejores tetas de la comarca.

Le respondí,

tú, en cambio, Manolo, aunque te vistas de Armani.

Risas y tal, aunque entre Manuel Molinero y yo no había mucho hueco para bromas.

Manolo,

vente a verme. Tenemos que hablar.

Y yo, por decir algo,

cuando quieras,

Antes de poder seguir, la loca del vestido aplatanado me agarraba por el hombro.

el Ministro, Alcaldesa, ya está aquí el Ministro.

Y allí saqué a relucir la mejor de mis sonrisas.

Seré breve. El ministro me resultó simplón y no me daba ni para tontear porque, según se sabía, era maricón perdido. Una pena, porque en su ya lejana juventud debió ser guapete y algo de guapura conservaba. Pero en cuanto empezó a hablarme de la política de su departamento me puse a pensar en mis cosas. Y a otear el horizonte, claro, porque a mí, en cuanto pienso mucho rato seguido, se me recalienta el cerebro y entro en barrena.

Estaba por allí Juan Luis, con el avinagrado de su jefe al lado. Pasé de ellos. A los periodistas, y sobre todo a los barandas, no hay que darles mucha mecha porque terminan haciendo estallar el fuerte. Estaba Norberto, claro, guapetón con su uniforme, y los otros mandos de la guardia civil de la comarca. Allí mismo le hubiera echado un buen polvo de los nuestros, pero el pobre se habría puesto colorado, como le ocurrió el Día de la Constitución, cuando nos tocó a uno enfrente del otro y me pasé todo el acto restregándome la lengua por los labios. Por la noche se cobró el calentón que le había metido. Hoy no se dan las condiciones y tengo otras cosas más urgentes que hacer. No sé cuáles, esta es la verdad, pero una líder como yo, una lideresa como se dice ahora, siempre tiene cosas que hacer.

Vino a recordármelo Nemesio, el jefe del partido, tenemos que hablar, Nora. Y bien pronto. No te me escabullas como tienes por costumbre.

Yo, sonriente,  
¿escabullirme yo, Nemesio? Lo que pasa es que voy de cabeza. Mi vida es un no parar.

Nemesio tenía el sentido del humor en el culo, si es que lo tenía, así que no era capaz de pillarme la ironía. Porque mi vida, en efecto, era un no parar, pero no en el sentido en que él lo había entendido. O quizá sí, tampoco estoy segura.

Siguió,  
tenemos las elecciones a la vuelta de la esquina...  
Y yo, sonriente,  
ya lo sé, Nemesio. Yo soy la cabeza de lista de este pueblo...

Y Nemesio, seco como un palo, medio con un hilillo de voz, porque a él los encontronazos lo achantan...

¿ya lo ha decidido la ejecutiva?

Y yo, sin sonreír,  
lo he decidido yo, Nemesio. Por mis santos ovarios.

A ver. Esto tengo que explicarlo un poco. Un poco nada más, para no aburrir. Mi partido, el de Nemesio, no era ninguno de los importantes. Ni socialistas, ni populares, ni hostias. Éramos un pequeño partido regional, que teníamos representación en el parlamento autónomo -con pocos escaños, pero suficientes- y estábamos presentes en unos cuantos ayuntamientos. Lo que nos daba para vivir honradamente a unos cuantos, para sacarnos unos dinerillos complementarios no tan honrados y para tocar los cojones al sistema, por decirlo de manera que se me entienda.

El origen del partido se remontaba a muchos años atrás, a cuando yo era una adolescente maciza y malencarada y Armando y Celso (el Gordo y el Flaco, como los llamaban algunos) rompieron con Izquierda Unida y con

el partido comunista y emprendieron un giro que nos había traído hasta aquí. Un giro populista, según unos. Un giro mafioso, según otros. Una brillante operación de marketing, según los más condescendientes. Pero lo votantes ahí estaban, dándonos su apoyo elección tras elección. Y yo estaba convencida de que iban a seguir haciéndolo. O no.

Roberto me sacó de mis ensoñaciones, tienes que decir unas palabras, antes de que hable el Ministro.

Me pasó un papel según me hablaba. Un par de folios. Roberto valía su peso en polvos. Me tomó ligeramente del brazo y me puso junto al ministro, frente a un micrófono. Abrí el papel y empecé a leer. Con aplomo, con firmeza, con convicción. Eso de leer papeles escritos por Roberto se me da de cine. Suelen gustar mucho. Siempre habla de sostenibilidad y de innovación y de cosas así de chulas. Yo las digo muy bien. Y creo que a los que estaban allí, por la cara que ponían, también les gustó lo que dije y cómo lo dije.

O no. Nunca sabes con la gente. Pero a mí me daba un poco lo mismo: entre los que allí había, electores de mi localidad eran muy pocos y, de esos pocos, cada uno sabía perfectamente a quién iba a votar. Así que, qué más daba.

## 2.

Los polvos que Norberto y yo nos marcábamos parecían a veces una competición. Eran muy salvajes. A él le gustaba embestir, bayoneta en ristre, como quien toma una colina, y yo dejé de tener remilgos hace mucho tiempo, si es que alguna vez los tuve. Lo nuestro solía ser un toma y daca igualitario. Pero aquella noche le dejé hacer. Él estaba crecido, como necesitado de jadeos, y yo tenía la cabeza en otra parte.

Lo notó rápido, pero no dijo nada hasta que remató el primer ataque,

eh, nena... ¿estás a lo que hay que estar?

Le hice unas lamidas de las que reservo para estos casos antes de decir,

perdona, mi general, ha sido un día duro.

Y él,

¿duro? ¿Por qué? ¿Qué has hecho cuándo se ha ido el Ministro?

Le conté más o menos lo que me pareció, como hago siempre que me preguntan. La verdad es que no había hecho nada. Como el ministro tenía prisa por volver a

Madrid, todo se había resuelto de manera un tanto precipitada. Tras su discurso genérico y vacío y los aplausos cansinos -momento que los guardias civiles, con Norberto al frente, aprovecharon para desaparecer-, el ministro declaró a la prensa que nuestra fábrica era un ejemplo de apuesta sostenible en la que tradición y modernidad se aliaban para blablablá, yo le dije a Juan Luis en rigurosa exclusiva -porque ningún otro periodista se interesó por mí- que nuestro pueblo se sentía muy honrado por la visita, pero que lo que de verdad necesitábamos eran inversiones y no buenas palabras, nos tomamos un vino español a toda prisa, servido por el cáterin más cutre de toda la comarca, y nos fuimos cada uno por donde habíamos venido.

Todo el mundo quería luego hablarme -Manuel Molinero, Ambrosio, los portavoces de la oposición, mis concejales-, pero a todos les puse como pretexto mis múltiples ocupaciones y me marché a casa. Eso sí, primero mandé a Rufino parar en la de mi madre. Estaba como siempre, gorda y desgredada, sentada en la silla de ruedas y con la televisión tan fuerte que los actores parecían desgañitarse. Puse voz de harta, para lo cual no tenía que disimular mucho,

mamá, levántate... Ya te han dicho que andes y que no necesitas para nada la silla de ruedas.

Y ella,

sí, está muy bien la silla de ruedas.

No es que mi madre estuviera sorda, sino que se lo hacía. Pero con la televisión a todo volumen era imposible entenderse. Así que se la bajé al máximo.

Y ella,  
¿qué pasa? ¿Por qué me quitas la tele?  
Yo, enfadada,  
para que hablemos. ¿No has llamado esta mañana y le  
has dicho a Julio que querías hablar?

Ella, con voz lánguida,  
ay, hija, sí, bueno, pero, claro, tú tienes tantas ocupa-  
ciones... Es que estoy aquí sola, con tantos dolores...

Yo, gritando,  
escucha, Valentina, que dice mi madre que la tienes sola...

Valentina, gimoteando,  
ay, *seorita*, si yo le dijera cómo a mí me trata...

Mi madre, desatada,  
anda, guarra, vete de aquí que no quiero verte. Esta es  
la peor, que la tienes aquí para que espíe y hasta me sisa  
del monedero.

Antes de que Valentina empezara a lloriquear, a mo-  
quear y a decir que se marchaba, la saqué a empujones del  
salón y cerré la puerta.

Yo, muy seria,  
madre, no puedes tratarla así...

Y ella, firme,  
cómo que no. Claro que puedo. Os creéis que soy una  
pobre vieja a punto de morirme y estáis pendientes de  
quedaros con todo...

Yo, interrumpiéndola,  
¿todo? ¿Qué es todo? ¿La colección de chocolates  
que tienes en la caja de latón? Porque no creo que tu  
patrimonio alcance a más.

Ella, gritando,

¡no me hables así, Nicanora! ¡Soy tu madre!

Ella sabía cómo dar con mi punto débil. Llamar me por mi nombre completo era el mayor insulto que se me podía lanzar, una provocación en toda regla. La agarré muy fuerte por los hombros y apreté. Hasta estar muy segura de que la estaba haciendo daño. Aguantó sin rechistar. Y yo, muy firme,

no me provoques, madre. Tanto como presumes de que me conoces, deberías saberlo. No me provoques.

Supongo que fue el tono de voz, o a la mirada, o la fuerza con que apretaba, el caso es que la vieja cambió radicalmente. Dijo,

ay, niña. Anda, siéntate y me cuentas cómo te ha ido con el Ministro. ¿Le digo a Valentina que te traiga una cervcecita?

La crisis había pasado. Me relajé. La miré como una hija mira a su madre, casi con ternura. O algo parecido, tampoco lo sé bien. Unos segundos de duda, como de haber perdido el sitio. Y al fin,

perdona, se me hace tarde. Un beso, mamá.

Y salí casi corriendo y me metí en el coche para que Rufino me transportara los escasos trescientos metros que me separaban de mi casa.

Julio y Adriana se estaban haciendo unas salchichas. Julio,

¿quieres un perrito, mamá?

Es un amor este muchacho. Tan atento. Así que yo, sí, gracias... Hola, Adriana. ¿No os marchabais fuera?

La muchacha puso cara de sorpresa y consultó a su chico con los ojos. Julio me miró, una vez más con cara de querer asesinarme, y soltó,

estamos aquí, mamá. Ya nos ves.

Adriana cuchicheó con el muchacho. No le dejé a él que dijera nada,

no molestáis, Adriana, no te hagas problema... ¿Me pasáis una cerveza?

Le di un par de tragos a la lata, me zampé el perrito y cuando ya estaba pensando en echarme la siesta, caí en la cuenta de que tenía hambre, tenía sed y, sobre todo, tenía una campaña electoral por delante. Entré en el baño, hice pis, me lavé los dientes y me recompuse por encima. Dejé caer,

me voy al España. Gracias por el perrito, chicos.

Ni los oí respirar, quizá porque no respiraran o, es más probable, porque yo no estaba atenta.

Fue alguna intuición extraña la que me hizo ir ahí, precisamente ese día y a esa hora, una hora ya tardía para el vermú en cualquier lugar civilizado, pero mi pueblo es solo a medias un lugar civilizado. Estaban todos, lo que no tenía nada de extraño un sábado a mediodía, y en el España. A la entrada, agarrado a un botellín y con tres o cuatro zangolotinos como él, huoneaba Álvaro, con la carrera de periodismo aún a medias, pero ya investido por Juan Luis de la corresponsalía del periódico en el pueblo. No era un lince, Álvaro, pero quería llegar lejos y Juan Luis ya le había explicado cómo.

Un poco más allá, solo un poco, estaba Ceferino, sentado en torno a un par de mesas con su inmensa Magdalena a un lado y un grupo de matrimonios más o menos de su quinta.

Me vino de golpe la idea de lo que tenía que hacer. Para esto soy muy buena, está feo que lo diga. Puede que tenga defectos, no digo que no, pero para sumar dos y dos y dar con la respuesta al vuelo no necesito calculadora. Así que me acerqué a Ceferino, que estaba hablando con bastante firmeza para lo que él era.

Le digo,

mira, Ceferino..., perdona que te interrumpa...

Desconcierto en el grupo, y sobre todo en el propio Ceferino, que me mira, entre perplejo y molesto. Pero por el rabillo del ojo noto que Álvaro se remueve, que deja de atender a sus colegas y que nos mira.

Continúo,

es que, verás, vengo tan disgustada, Ceferino, tan disgustada.

Ceferino me sigue mirando con mala cara. Masculla, ¿qué quieres, Nora? Estoy con estos amigos charlando... ¿Algún problema?

Me aturullo, me atropello. Hago bien estas cosas, lo reconozco,

verás, es que yo sé que no es cierto, pero se está corriendo la voz y estoy tan disgustada...

Algún murmullo en el grupo, pero todos guardan silencio. En el rostro de Ceferino empieza a apuntar una leve alarma. Balbucea,

¿qué ocurre, Nora?

Balbuceo yo más,

la fiscalía, ya sabes..., que vienen a por ti..., que están empeñados en que tienes dinero en Costa Rica, sin declarar... Y yo sé que no es cierto, pero...

El grupo empieza a reaccionar. Ceferino se levanta. Yo ya casi no tengo nada que hacer más que dejar que la bola siga, que Álvaro tome notas, que la gente pregunte y Ceferino niegue, mientras yo pongo cara de inofensiva colega a la que le duele lo que le está pasando al líder de la derecha más casposa de su pueblo.

Porque sí, Ceferino es el líder de la derecha más casposa de mi pueblo, y también mi enemigo más peligroso de cara a las municipales. El Partido Popular ha sido siempre minoritario entre nosotros, pero no porque seamos unos rojos declarados sino porque mi partido ha sabido representar muy bien los valores de orden de la derecha, sin parecer derecha, y porque ellos tradicionalmente han puesto a la cabeza del partido a lo más impresentable de la comarca: ladrilleros, arribistas, comisionistas, ladrones. Lo hemos tenido siempre fácil con ellos.

Pero Ceferino había decidido arremangarse. Él era del partido de toda la vida, pero toda la vida la había dedicado a trabajar, primero en la ferretería que abrió su padre en el pueblo, poco después de la guerra, y luego en las otras cuatro que había ido diseminando en la comarca, capital incluida. Un currante nato, un buen profesional, unas buenas tiendas con buenos servicios.

Y ya, llegado a los sesenta, con unos negocios que funcionaban solos y que le dejaban buenos dineros, había decidido que era el momento de poner sus dotes de buen gestor al servicio del partido. Llegó un día a la sede provincial en la capital y se ofreció,

me ofrezco para encabezar la candidatura en mi pueblo. Podemos ganar...

Y los dirigentes lo creyeron y lo pusieron al frente del partido en el pueblo. Claro que podía ganar. Y algo de eso era lo que estaba diciendo cuando se organizó el revuelo. Pero yo le había interrumpido y ahora me estaba hablando a mí,

eres lo peor, Nora, eres una mujer sin principios... Si crees que me vas a hundir con tus mentiras...

Yo bajaba la mirada, balbuceaba, medio gemía, perdona, Ceferino, no era mi intención molestarte... Al contrario, yo soy la que está desolada... Solo te cuento lo que me han contado...

Álvaro ya estaba integrado en el grupo, y había sacado su libreta y tomaba notas, pero nadie se daba cuenta de aquello y algunos decían ¿Costa Rica? y otros cuchicheaban, qué barbaridad, quién lo iba a decir, y en una esquina se veía a alguien mirar a Ceferino con ojos firmes como diciendo para sus adentros, hace tiempo que yo lo veía venir.

Ceferino, que en un primer momento había perdido la compostura y solo había sido capaz de lanzar exclamaciones, se había recompuesto ya y se dirigió a mí con solemnidad y con firmeza,

yo he sido siempre claro contigo, Alcaldesa... Te conozco hace mucho tiempo y siempre te he hablado sin tapujos, pero nunca te he dicho nada con tanta claridad como te lo voy a decir ahora: no me gustas tú, no me gusta tu grupo, no me gusta la manera que tenéis de gestionar este Ayuntamiento. Y voy a arrebatarle la Alcaldía por muchas maniobras e infundios que quieras lanzar.

Ambrosio había salido de detrás de la barra, mientras Rosario lo miraba desde la puerta de la cocina y lo instaba con la mirada a intervenir. Ambrosio, el pobre, que se atascaba cuando le ponían nervioso, decía,

buee... no, que ya, Cefe... ri... no, que ya... Este no es si... sitio para mítines.

El aludido no tuvo más remedio que callarse y aquello desmontó el corro que se había organizado. El España volvió a ser el bar de siempre, ruidoso, pero cordial, y cuando me quise dar cuenta Paula estaba a mi lado depositando en mi mano una caña rezumante de espuma y diciéndome,

anda, bebe. Has estado genial.

Me bebí la mitad antes de hablar,

¿genial?, ¿por querer ayudar al vejestorio? Mira cómo me lo paga.

Paula sonrió, pero no dijo nada. Y otra voz, a mi lado, parece que hay algún sondeo que le da favorito...

Quien me decía esto era Fidel, que me besaba con una aceituna en la boca, sabiendo como sabe que no soporto que me babeen.

Paula cortó a su marido, como en ella era costumbre.  
¿sabes algo de mi hija?  
Y yo,  
con el mío, en casa. Supongo que follando.  
Fidel, en plan abogado,  
no hace falta ser tan explícita, por Dios.  
Yo,  
¿tú cómo lo dirías?  
Paula, rápida,  
viendo la televisión, se decía antes.  
Y se empezó a carcajear, de manera que no vio cómo  
Ceferino se me acercaba con una sonrisa forzada y me  
decía,  
no sabes jugar limpio, Nora. Pero no te va a valer de  
nada. Si quieres guerra, habrá guerra. Y la perderás.  
Yo,  
no quiero guerras, Ceferino. Yo, desde pequeña,  
siempre he rezado por la paz en el mundo.  
Ceferino,  
ya sabes a lo que me refero. Quiero ser el próximo  
Alcalde...  
Yo,  
lo serás. Y muy bueno.  
Paula levantó tanto la voz que congregó un pequeño  
grupo en torno a nosotros,  
¿qué dices, Nora? ¿No te vas a presentar?  
Puse cara de boba,  
¿a las próximas? Claro. Pero nuestro amigo no ha  
dicho cuándo será Alcalde. Os lo diré yo: cuando esta

menda sea muy viejecita y ya no tenga el cuerpo para trajines.

Los recién incorporados rieron mi broma. A Ceferino no le hizo tanta gracia. Habló duro,

sé cosas, Nora, tengo datos..., pero lo más importante, tú no haces política, tú haces populismo barato, y eso se acabó. Al menos en este pueblo.

Hice como que yo también me ponía seria, adelante, Ceferino, no te compliques. Que decidan los vecinos, como siempre.

Y él,  
así será.

Fue lo último que dijo, y se encogió un poco, como avergonzado de tanto protagonismo, antes de salir del bar acompañado de algunos de los suyos y de su oronda señora.

Paula, Fidel y otros amigos que se nos sumaron seguimos tomando cañas y riendo. Luego visitamos otro par de bares en los que seguí saludando y bebiendo. Sobre las seis me fui a casa a descansar un poco y a prepararme para ir a la de Norberto.

Cuando le hube hecho un resumen creativo de mi día, el coronel intentó resumir,

o sea, que estás borracha.

Yo,

no. Estoy preocupada. Me preocupa Pablo.

Norberto dejó de manosearme y yo se lo agradecí para mis adentros. Dijo sorprendido,

¿qué dices? ¿Pablo? ¿El socialista? ¿Pero no era Ceferino el favorito?

Y yo,  
era, pero ya está neutralizado. Ahora me preocupa que el voto se desplace a los socialistas.

No dije más. No me había parado a pensarlo hasta la escena de esa tarde, en el España. Yo iba a cumplir ocho años en la alcaldía, más otros tantos, por lo menos, en distintos cargos de confianza del Ayuntamiento. Yo, en realidad, no había hecho otra cosa que vivir del presupuesto municipal. A mis cuarenta y tres años, en un pueblo pequeño como aquel, con apenas trece mil habitantes, mi cara estaba ya muy vista. Claro que podían ganarme. Al votante le gustan las novedades y en mi pueblo había habido pocas: Celso Lamata y yo, dos alcaldes del mismo partido en veinte años. A la gente le gusta cambiar. Igual que el país había cambiado poco tiempo atrás al desgastado Aznar por un refulgente Zapatero, la gente de mi pueblo podía tener también aspiraciones de novedad. Yo lo entiendo, porque soy partidaria de romper la monotonía, igual que esa noche ya estaba un poco harta del manoseo de Norberto y echaba de menos los modos algo más estilizados de Juan Luis.

Norberto me devolvió a la realidad,  
tú nunca estás preocupada, sin más.

El guardia civil, con el mandoble un poco alicaído, entraba en la habitación con dos vasos de agua. Bebí un sorbo del mío antes de preguntar,

¿qué quieres decir?

Él,

que ya tienes prevista alguna alternativa...

Siempre me ha ocurrido esto, que todo el mundo me cree muy maquiavélica y piensa que lo tengo todo previsto, cuando lo cierto es que soy una pobre mujer inofensiva cuya única arma es la improvisación y solo la utilizo para defenderme. Me hubiera gustado explicárselo y mostrarme tan débil como soy, porque yo es que, cuando follo, me pongo un poco sentimental. Pero cuando me pongo sentimental con un hombre al lado y los dos desnudos, él siempre piensa que lo que quiero es más cera. Y yo ya estaba esa noche un poco cansada de los jadeos de Norberto. Así que mentí,

sí, tengo alguna idea, pero necesito desarrollarla. Me voy a casa.

Él, sorprendido,

¿ya? Me lo había montado para no ir este finde a Madrid...

Yo, firme,

... porque venía el Ministro.

Él, como pillado en falta,

bueno, y para que no viniera Celia. Me costó convencerla de que aquí no pintaba nada.

Lo de Celia tenía cierta gracia. Ella siempre había trabajado en una sucursal de un gran banco en la capital de la provincia, a treinta kilómetros del pueblo, y era feliz. Celia es básica como un cubo, simple como la tecnología de un mandil y, dicho sea de paso, gorda como un tocino. Se hubiera quedado en su sucursal el resto de sus días si no fuera porque Norberto le anunció que había conseguido plaza en la Unidad Central de Delitos Financieros,

y que lo mandaban a Madrid. Así que ella o conseguía un traslado o pedía la cuenta porque la mujer tiene que estar donde esté el marido. Y Celia se movió y consiguió el traslado. Cambió el colegio del niño, buscó piso, lo dejó todo organizado, y de pronto ofrecieron a Norberto el ascenso a coronel y la jefatura del Cuerpo en la provincia. Y ella no tuvo manera de volver atrás, al menos hasta que no se abriera otro concurso de vacantes que le permitiera hacer el camino inverso. Hubo de trasladarse con el niño e instalarse en la capital del Reino, una ciudad que odiaba y en la que no conocía a nadie, mientras él se quedaba como un rey en su piso, al que yo iba con regularidad dentro de la discreción con que procurábamos que transcurriera aquello.

Lo embromé,  
así que te lo habías propuesto de finde romántico...  
Él, lánguido,  
no te lo tomes a broma, Nora. Sabes que estoy enamorado de ti.

Sonreí, cariñosa,  
vamos, Norberto, que ya tienes pelos en los cojones.  
Él, a punto de ponerse baboso,  
sabes que, si me dieras la más mínima oportunidad, dejaría a Celia ahora mismo...

Yo, un poco agría,  
¿y qué haríamos? ¿Nos iríamos a la casa cuartel a vivir nuestro amor con las demás parejas de guardias enamorados?

Él, displicente,

tengo algunos ahorros de los que Celia no sabe nada...  
Y tú también los tienes....

Escandalizada (falsamente escandalizada),  
¿yo? Cuatro duros. Y son para cuando me haga  
viejecita.

Había hecho un pis, me había dado una ducha verti-  
ginosa, me había vestido, estaba ya cogiendo el bolso...

Él, de sopetón,

¿dónde vas? ¿No irás ahora donde ese periodista?

Me dejó un poco cuajada. No me esperaba eso.

Con voz de desconcierto,

¿qué dices?

Se lanzó sobre mí. Me agarró el culo. No me disgustó  
del todo, pero ya se sabe cómo es esto con los hombres,  
que si no los controlas te controlan.

Le quité las manos de encima,

me voy, Norberto.

Él,

no me hagas esto, Nora

Ya estaba totalmente baboso. Y eso que no bebe. Así  
que agarré la puerta y salí con determinación.

